

Enrique Garcés

FERNANDO CHAVEZ

La vida de Enrique Garcés, el "loco Garcés", bien merece un ensayo. Un largo ensayo fervoroso y alegre, con recodos y cascadas, con aleaje brillante y remanso de sueño, velados por el pudor y la fertilidad. Como él era: apresurado y sin embargo prolijo, embriagado de anhelos inmensos y propenso al desencanto de la madurez en las horas íntimas. Su vida fue una vida difícilmente ejemplar; pero de recomenzar, él no la habría deseado de otro modo. Por lo arbitrario y excesivamente sonora de unos años y el silencio repleto de ironía, casi mordacidad de otros. Todo eso habría que recogerlo y explicarlo, poniéndolo o explicándolo a las varias luces del comentario apasionado.

Habría que hacerlo a tiempo porque han desmonetizado a la alegría, al impulso directo, un tanto alocado pero ganoso de construcción y hasta de eternidad. Porque han sustituido a las calidades humanas espontáneas y bullentes, pero ciertas, con una apariencia de seriedad ficticia, con una capa frágil de cientificismo que se adormece en los detalles intrascendentes mientras pierde de vista los grandes asuntos que ahí están, intocados y de bulto, estrangulando nuestra exigua vida biológica y mental porque no se llega a conclusiones y éstas son, o desmesuradas o medrosas. Han traído, después de traducirlos mal, métodos extraños, sistemas acres y angulosos, modos de extraer dinero, forzosos en sociedades viejas que escatiman todo al futuro cuando no es el propio. Con las consiguientes obediencias atemorizadas por la pérdida de la comodidad burocrática y las simulaciones de labor que luego solamente ocultan unos dilemas y conflictos con otros. Han traído las reglamentaciones detallistas y

solapadas que quedan imperantes porque no hay gentes que las vivan, ni voluntades que en el fondo las acaten y les den vigencia. Se olvida que una sociedad fresca y cargada de posibilidades, metas y urgencias requiere espacio libre para la inteligencia y la voluntad al servicio de una idea nacional, pero una idea de hoy, sin trasnochamiento, pero tampoco con quimeras que cortan la decisión de actuar y se anegan en la visión irreal de lo casi perfecto, o casi justo.

La mente que se ampara en la visión neta de las cosas, problemas y deberes para guiar su acción voluntariosa y cálida es vista hoy con mirada preñada de sospechas. Es una meta libre, por tanto indigna de confianza. Ella no se someterá nunca a las reglas copiadas de otros modos de vivir y de pensar.

Al seguir el curso de la vida de Enrique habría que hacer la apología del entusiasmo, pasar por el mea-culpa un tanto penoso del apresuramiento que casi nunca es ineficaz de verdad como lo son la lentitud y la complicación tramposa. Las grandes cosas por hacer en este pueblo y para este pueblo que solamente vive de esperanzas ahí están intactas porque entre nosotros se siente únicamente la solidaridad en el tumulto, cuando no en el desmán.

La fluencia de la actividad múltiple, el acometimiento de empresas varias, todas nobles, y sagaces no cuentan porque no aspiran a forjar prestigios ni a elaborar estadísticas mentirosas e inútiles de toda inutilidad. Está de moda trazar organigramas y cronogramas que confunden a los mismos que los dibujan luego de pasados los minutos de euforia planificadora porque no parten de lo real y encubren concepciones vagas. Los espíritus que se autodenominan concretos se pierden en el laberinto de las cosas indóciles y de las ideas ciegas, no acomodadas todavía a nuestra realidad, porque les falta la visión de arriba, el entendimiento superior de las cuestiones esenciales que atañen a una humanidad hecha de instintos y de arranques espirituales, de tendencias y de luchas con los objetos del contorno, en dosis particulares, poco semejantes a las que sustentan otros hombres.

El tiempo vital de Enrique Garcés era otro y no entenderán jamás los que vilependian la frescura del alma, la donación espontánea y súbita del esfuerzo y de la devoción, no lo entenderán los que no aprecian la mirada lim-

pia que cataliza lo nuestro y lo exalta, valorándolo con prescindencia de los baremos importados y hasta por encima de ellos.

Como ya se comienza a recordar a Enrique Garcés cualquier testimonio adquiere valor. Para mí, recordar a Enrique es como golpearse la cabeza contra un deber ingente no cumplido, una obligación que ha quedado enunciada sin que sus servidores la hayan llevado a la realidad. Ni él mismo, con todo su fervor de llama, con todo su entusiasmo desbordante de eterno novicio, con su arbitraria auto-disciplina de hombre inquieto que se sabe con vida limitada y tarea innumerable, hizo su parte que sin duda era la principal porque él sí sabía contar.

Enrique Garcés pertenece a una generación surgida de un pueblo pequeño como fruto de una siembra paciente, silenciosa y humilde que algún día tendrá su cronista porque en verdad lo merece. En ese grupo otavaleño de jóvenes diferentes pero concordantes en las metas sociales y en la ansiedad por el trabajo intelectual disciplinado y severo. Enrique encarna el ardor de la sangre nueva, la casi irreflexión del entusiasta quemado por el embrujo de la acción. Así quedará marcado hasta mucho después, cuando su preparación cobra vigor y su trabajo se decanta.

La obra de esa generación pudo ser parca, como lo es toda obra humana original que se aplica a la forma de un destino, a la iluminación de caminos en sombra y desde lo alto, no solamente a ras del suelo. Pero existió y sus consecuencias van a aflorar un día para afirmar su latencia y quién sabe si su profundidad. Para desconuelo -naturalmente- de los muchos que viniendo por su huella después han creído que era de su deber y de su incumbencia biológica desconocer lo hecho para hozar en los despojos. Como si sobre una plataforma ya bien trabada no aconsejara la cordura erguir la obra nueva como continuación de la entregada, nunca como cimientó y menos conclusión o remate. Esta economía sistemática del esfuerzo intelectual librado ya por personas o grupos, es ignorada de modo reincidente entre nosotros. Se abusa de que casi nadie hilvana recuerdos ni fundamenta memorias para con alardes de trabajo propio presentar por la milésima vez, las hilachas de vestiduras ajenas que se desgarró con hipocresía o cinismo.

Es bueno resistir al atractivo de la prédica de los deberes ajenos, en tanto que parece saludable confesar lo que no asoma del deber propio. Enrique y sus amigos efectuaron su labor con dedicación y entrega total. Solamente así pudo esa labor de ámbito diminuto superar las desconfianzas y los escepticismos para rebasar el estrecho marco espacial de una sociedad tranquila en su soledad. Pero, repito, si la obra era exigua, su aliento era valioso. De allí que la obligación de esos hombres, su tarea mayor era registrar los hitos de ese empeño, poner al descubierto los puros resortes íntimos de ese empecinamiento juvenil por rescatar lo rescatable de la tradición soterrada de un pueblo y de sus gentes, para empujarlos por una senda que desenvolvía la antigua, que era la propia pero que desconocían, unos por pusilanimidad de mestizos, los más por sumisión a los prejuicios de religión, del dinero o de la simple comodidad del no hacer nada o cuando más bisbisear el rosario disfrazándolo de denuesto y de queja airada.

Juzgar ateniéndose únicamente a los resultados puede ser razonable, hasta científico, pero es egoísta y profundamente injusto cuando se apunta a una obra de intención espiritual colectiva, porque no se atiende a la dura realidad del sacrificio del que hace algo, con medios limitados y en ambiente indiferente cuando no hostil, llevado sólo por su anhelo de mejora. Además ese juicio que mide resultados es actitud calculadora porque introduce en la aptitud humana de apreciar el afán de otros hombres la noción de utilidad que ya Maquiavelo denunciaba como no perteneciente al reino fugaz de la moralidad. Es una obra de enderezamiento psíquico, de resurrección anímica de seres hundidos en la suspicacia y la modorra heredadas y en el qué me importa siempre actual, los resultados no son visibles, y es claro, se resisten a la medida, al prurito matemático que acomete a algunos jueces que se nombran a sí mismos para esa función y que no tolerarían que se midiera su esfuerzo y de antemano se calibraran sus herramientas que son las de su hora, así como fueron de su tiempo las que usaron aquellos que son juzgados despiadadamente o más bien procesados por haber sido generosos. En este campo hasta los mismos que se benefician con la nueva actitud, con la puesta en pie y en postura varonil individual y de grupo, no saben la oculta raíz de su comportamiento desenfadado. En veces duele decirlo, pero hay que hacerlo, quisieran negar el ovillo del hilo que

liga su conciencia a otras, el lejano hontanar del que ha brotado su rebeldía de hoy que es tan característica de su conjunto humano, ese aplomo actual de hombres venidos a la existencia común con caracteres personales propios, inalienables, su erguimiento cabal y firme porque está sostenida por un baño vitalizador en las aguas de la historia, en la verdad sencilla del proceso de mezcla de razas y de forcejeo de culturas combatientes y forzosamente fraternas para el alumbramiento de una definición vital, localista primero y luego nacional.

Enrique Garcés y casi todos sus amigos debieron relatar por lo menudo cuánto pensaron desde 1920 hasta los años finales de la década del 30, cómo rumiaron sus sueños y cómo dieron vigencia a algunos. Pero no se dieron tiempo. Las briznas de su entusiasmo ya un tanto cubiertas de ceniza por el correr del calendario reclamaban cada vez con más frecuencia un alegre impulso sentimental para brillar momentáneamente. Y quién sabe si su humorismo nato y de buena herencia no reducía las dimensiones de ese tráfago juvenil ya antigua quitándole valor y significado actuales, justificando así más bien su olvido. De otro lado, Enrique sabía que su obligación era pesada y como tantos otros la soslayó por modestia, por poca confianza en su propio esfuerzo, y tal vez también por convicción interna de que esa labor y las actitudes y hechos que ella exigió eran simplemente los debidos. Llevaban pues en sí mismos su justificación y su virtud sin que fueran procedentes la remembranza ni el análisis. Eran estados de alma y tareas cumplidas briosamente en una coparticipación gozosa. Por eso brotaban cargados de visión anticipada y de fruto en camino. Por eso las guiaba una rabiosa prisa por hacer y dignificar el presente. Pero después, ya desvaídos y en un pretérito cada día con menos lustre, tal vez no tenían derecho a la recreación en una página de evocación personalista y un poco defensiva.

Los miembros de ese grupo sabían que la base de la historia y la explicación próxima de la postración de estos núcleos de población y del conjunto eran principalmente económicas, pero el fenómeno político de segregación, de segmentación diríamos mejor, y la exclusión social habían jugado un papel preponderante de frenos de un impulso cultural débil que memospreciaba lo propio de modo tenaz y vergonzante. De allí la existencia adjunta de dos países impermeabilizados en lo esencial que retenía a toda una nación y la presentaba

añeja, retardada, sin fibra. presa fácil de los vecinos. La educación, consiguientemente, era mantenida maniatada y al margen. casi de simple, angustiada espectadora del drama social y económico, de apariencia irremediable, en que vegetaban los conglomerados raciales cohabitantes de un suelo desconocido, mal explotado, agrio para el trabajo, reacio a la comunicación.

Así adquiriría perfiles bastante precisos el deber de esa generación en los planos del pensamiento y de la acción redentora. Había primeramente que enderezar al hombre, ponerle de pie como tal, sacudir su pureza mental, romper su costra de aislamiento atrabiliario y cauteloso en demasía, obligarle a ciertas participaciones sociales que despertaran sus latentes intereses y tendencias colectivistas, darle en fin un sentido, en lo posible auténticamente mestizo y ecuatoriano a esa vida pueblerina y angosta que era la suya. Una vida que podía adquirir color, significación y vuelo si se hurgaba en sus propios valores y excelencias, uniendo las capacidades y encauzando las inclinaciones. A esa tarea se dedicó todo un grupo durante varios años. Y es curioso que después no pudiera o no quisiera defender de la escoba ignara o egotista los hitos que plantó con tanto desinterés y con tanta juvenil alegría.

Ese grupo inconforme y beligerante vio claro el drama de la mínima circunferencia de su pueblo y se puso a buscar la enmienda. Era tan sólo la convivencia material y amputada de ideales de grupos humanos disímiles y solapadamente adversos. Había que elegir entre los valores estimados y captados pobremente por esas fracciones del cuerpo y del alma nacional. Ellos se decidieron por el indio, al término de largas, ásperas discusiones y no pocas vacilaciones. Contra la opinión, claro está, de los mayores que habían eludido, negado y cubierto de aprobio al indio después de atarlo y explotarlo. De entre ellos irrumpió la herejía de discutir e incrementar en tono más que polémico la posición iberista de Gonzalo Zaldumbide, en 1925. Le tacharon de hispanizante y de retardado en los conceptos sociales y no olvidaron de señalar la fuente de su actitud: el privilegio y la captación incompleta de la realidad ecuatoriana profunda. Ellos hallaron que la superficial pulidez de esta sección de humanidad no es la más importante ni será la más durable en una raza que enrojecía ya a ojos vistas. Lo indio y lo mestizo perdurarán porque son el fondo, la masa y la cantidad mayor y porque aparecen apenas se rasca un poco el esmalte de

civilización, cortés a sus horas y vivaracha que los recubren en cada caso individual. Para ellos era el país oscuro, maloliente y bastante tosco que tenía que ser la base de la edificación futura de una nación unitaria, resuelta, consciente de sus metas. Por ello vieron en las brumas, en las flores y en las bestezuelas del páramo los objetos de la visión y el canto de los que podían manejar una pluma o un pincel. Por ellos supieron que había que empujar el barro humano que existía porque otro no estaba a la mano y había que dejar para otra sazón las ensoñaciones evocadoras de un pasado hecho realmente por evadidos, analfabetos y codiciosos.

Para esas gentes febriles que mordían con impaciencia la norma vetusta la misión de la escuela aparecía incumplida porque no alcanzaba para todos y no llegaba a muchos con intensidad suficiente y densidad satisfactoria y además ya no era de esa época; el colegio no tenía ligazón con el mundo y era en el fondo privilegio de los con dinero, y la universidad a más de elitista no planteaba los problemas nacionales, los económicos, sociales y tecnológicos con la necesaria acuidad ni la indispensable tecnicidad. Por eso, o a causa de eso, soñaron la reforma del conjunto, dotando a todo él de un espíritu de trabajo decidido y sincero. La tarea de la propia documentación ya había comenzado hacía tiempo. Uno de ellos era un tipo desvelado e insomne que buscaba con ansia y por los cuatro puntos cardinales los materiales que les podían servir para el propósito de demoler lo viejo, pausadamente, mientras se planeaba lo nuevo y se echaban sus cimientos bien adentro.

Ellos querían una escuela abierta y con ímpetu social y la tuvieron, un colegio o escuela secundaria ramificado y audaz, una universidad científica y actual, menos politizada pero bastante más útil y arraigada en la sociedad de la que nace y a la cual debe servir, como brújula, como herramienta y hasta como ariete, en ciertas horas. Practicaron la extensión de la biblioteca, el aula, sin muros y sin puertas en cualquier sitio agradable, para niños y adultos; la conferencia ligera y con objetos o ilustraciones; el discurso encendido a veces y la acción organizadora de clubes, sociedades, núcleos para fiestas, conmemoraciones, labores colectivas, con frecuencia. En todos los aspectos de la vida de la pequeña ciudad siempre estuvieron presentes porque no transigían con la manía de selección y de separación de los que reciben instrucción más alta,

la que es producto únicamente de una oportunidad que no llega para todos. La solidez y la severidad del estudio les parecían esenciales y eran exigentes consigo mismo para poder indignarse con la escuela insegura, el colegio enciclopédico y pedante y la universidad teórica, sin alcance popular y tempranamente burocratizada.

Ellos hicieron ya en 1923 propaganda de un ideario socialista bastante bien definido en la mayor y principal parte, la participación política y los derechos de la educación y la cultura. Plantearon el problema del indio, de lo indio, solera de la nacionalidad, del mestizo y sus indecisiones contemporizadoras; el de la mujer excluida, a la que pidieron colaboración en el trabajo social, desafiando los prejuicios; el de la insuficiencia práctica y teórica de la escuela; el del costo de la educación aumentado por la deserción del escolar tempranamente reclutado para las filas del trabajo; el de la profundización, diversificación y orientación de las artesanías, venidas tan a menos a pesar de su no lejano apogeo en el pueblo. Se ocuparon de atraer al indio a la escuela y al taller y se hizo la defensa de esa incorporación; también del trabajo de los jóvenes, que salen de la escuela por edad y de los que no engranan en el colegio o en la universidad. No olvidaron la parte estética de la vida: el arte escénico, la poesía, la música, el baile, la pintura. Hasta hicieron periódico y les falló un intento de editorial casi en la culminación.

Hicieron lo que creveron que les estaba asignado, utilizando toda su energía en un período que duró casi una década. En ese tiempo de trabajo hasta vehemente nunca pensaron en el registro de la acción. Después tampoco, y olvidaron del todo lo que debieron hacer primordialmente todos y cada uno de los números de esa generación con disciplina interna y sin jefe reconocido. Ese grupo humano casi agotó su deber comunal y luego se dispersó cuando más valía su contribución, cuando su apegamiento a la senda iniciada habría sido más valiosamente ejemplar que los hechos del comienzo. Se dispersó sin recoger la teoría de su esfuerzo, sin hacer la interpretación de su anhelo ni la exégesis de su empeño.

Enrique se fue sin contar la historia íntima de su generación, de sus afanes colectivos, de los que ya no quedaba traza visible. Antes se había marchado, discreto y selecto, su hermano Gabriel, quien domó siempre, con me-

fistofélica sonrisa, y quién sabe por qué graves y secretas razones, al aguijón del recuerdo de la emoción de grupo, en la que tanto y tan bien participó, sin medidas ni trabas. Poco después, se alejó también Guillermo Garzón, pleno de memorias el cerebro y tal vez picado por el remordimiento, pues fue el primero en desligarse de ese haz de voluntades tensas y limpias. Después, pero antes de Enrique, se había alejado, metido en un capullo de desdeñoso aislamiento, Francisco Moncayo. El si se puso a recordar, pero, inexplicablemente, de cosas y personas externas al contexto de la línea de ideas y actos de su propia generación. Probablemente Moncayo deploraba no haber realizado la obra personal que él sabía que podía realizar, esa escultura de sí mismo con proyección a los ámbitos que tan profunda y ávidamente explorara y escudriñara. Pero se rehusó ante ese deber llevado por no se qué malignos e injustos pudores.

Enrique Garcés dio siempre rienda suelta a su temperamento afiebrado y vehemente. Ignoró en toda ocasión la rigidez de la norma y de las reglas en lo que tienen de paralizador del impulso generoso, impulso que acaso nunca debiera ser retenido. Le quemaban las ideas justas y se ponía a perseguirlas en una práctica rebelde, no pocas veces en vano porque no afilaba tranquilizante y con tiento las herramientas del trabajo. En sus empeños se encontraba con los hechos mínimos y se hundía en la tarea inmensa de mejorarlos cada vez que esa mejora se traducía, o se traduciría, en bienestar para muchos y desvalidos seres. Y claro, en la bifurcación de caminos se le desvanecía la meta primera. Pero ahí quedaba patente el ahinco del laborioso.

Un tiempo largo le retuvieron los horizontes de la medicina social aplicada, las finas minucias de la protección del niño que en tantos años de cacareo idealista ha sido relegado por el afán guerrero, la ventaja partidista y por la desorientación egoísta y codiciosa de los individuos. Pobre niño, amado y soñado por Enrique, de símbolo y de ícono de una época ha pasado a ser un estorbo en la marcha a la comodidad -a la civilización- de los marginados, la impediencia biológica, económica y moral de "los hijos de Sánchez" que en estos tiempos buscan más bien el gozo, o siquiera el olvido, en el anonadamiento y en la inopia. El niño que era el por qué de una vida penosa ha perdido su trono porque el número, porque la economía, porque las quiebras y la impotencia de la pedagogía oficial empantanada, las indecisiones y complicaciones de las

leyes que sienten como un problema obsesivo, como la viva presencia de una norma y una obligación que hay que olvidar y repudiar. pues trae responsabilidades, congojas y cavilaciones. al mismo tiempo que la prisa y el trajín acezante de la vida personal reclaman mucho y cada vez más.

Enrique Garcés amó el teatro, reflejo de la vida, pero no persistió porque el ambiente elimina hasta las vocaciones más fuertes. Del reportaje periodístico pasó a la biografía de personajes excelsos y ejemplares, de vidas ceñidas a un fin dominador y poderoso. En ellos sentía la contrapartida de su propia existencia urgida de tantas curiosidades. En el periodismo se detuvo más tiempo. Los temas palpitantes corrieron bajo su pluma ágil, incisiva, informada y liviana. Dio vida al párrafo corto, intencionado y con una gota amable de humor ligero y cordial. Sus incursiones por la historia le donaron un seudónimo de resonancias indias.

Enseñar y predicar en el desierto fueron actividades que centraron constantemente el espíritu disperso por poderoso de Enrique Garcés, en apariencia poco constante por copia de generosidad, un tanto mariposeador por reconocimiento opresor de una misión humana siempre pendiente que se ramifica y escurre por mil senderos a cual más tentador. Por eso tal vez, que representa mucho en el aporte firme y de precio, junto a su variedad, de Enrique a su pueblo y a su gente, no dedicó, en los años del remanso, algunas horas al recuerdo de su camino propio que era a la vez común para un grupo, a la narración coloreada y jubilosa del itinerario mental, pasional y de hechos de emprendimientos y de frustraciones. Y eso, no pasó de proyecto.

El silencio de Enrique sobre su juventud aumenta mi obligación de recordarla. Largas páginas reclama la evocación de los sentimientos y el análisis de la afinidad laboriosa de los jóvenes otavaleños que vivieron en su terruño y para él en la década del 20 al 30, debe contarse un poco de las actitudes de desprendimiento personal en pro de lo colectivo de todos ellos, de su intensa y desvelada búsqueda de cimientos ideológicos para su postura política y su actividad social. Ahora se que a mí tampoco me queda tiempo para la recordación. El buceo en profundidad de esas almas, el examen directo y al trasluz de las confesiones de esos espíritus habría sido valioso porque esas gentes pertenecieron fielmente a su tiempo y lealmente bregaron por cambiarlo, pero para darle metas mayoritarias y floraciones de vario reflejo y proyección durable. Pero nada

se hizo, ni siquiera se esbozaron los testimonios personales, menos podían intentarse el análisis y la interpretación de ese tiempo, sus gentes y su pensamiento y acción. Los que vienen no contarán con materiales ni siquiera para una valoración exenta de rencor y de regateo de virtudes y calidades. Nuestras gentes ni siquiera narraron lo externo, lo que debía dejarse como una escarapela que, desvaída por los años, guardaría su simbolismo, para solaz de algún buen espíritu o de un grupo que sintiera la ansiedad de entrar en el pasado reciente y el desasosiego de no saber lo que pasó en cierto tiempo en su pueblo, lo que sacudió las conciencias y motivó un cambio espiritual de grandes proporciones, por obra de una juventud herética y universalista, al par que fanática en su amor a la tierra propia. Eso mismo que ahora está olvidado y que permanece inexplicado por disimulo jactancioso podía cobrar dimensiones de ejemplo. Dejaría de ser un tiempo confuso y remoto para convertirse en un gallardete estimulante, un acicate de hoy para tareas fundamentales cuyo rumbo quedó desbrozado hace bastantes años. Esas tareas nuevas cuajarán si las nutre el desinterés y si los realmente valiosos rechazan la intromisión y las maniobras hacia el endiosamiento personal de gentes hábiles en la siembra de cizaña a costa de la amplitud y la veracidad de la labor de los mejores.

Enrique Garcés, se ha ido sin poner las cosas en su punto en la parte que le tocaba. El con su don de generosidad y de alegría primordial y permanente pudo rehacer el cuaderno de bitácora de la navegación de sus amigos. Como él, se irán también los pocos que restan. Sin dejar el testimonio de vidas vividas intensa y noblemente porque fueron dedicadas al servicio social, en un largo esfuerzo juvenil y comunitario de una intención y sinceridad ejemplares, de una aplicación agotadora y libre de todo su saber -poco o mucho- a la búsqueda tenaz de un sentido popular, de un destino común, de la vocación honda de toda una comarca para emplearlos en su propio y bien fincado engrandecimiento y en la ejecución de su deber total e integrador dentro del conjunto. Eso no más. Esas gentes se fueron o se irán, acabada su jornada, sin que nunca les importara el bilioso desconocimiento de los otros y sin que nunca solicitaran el oropel o el incienso inmerecidos. O la solidaridad de la adhesión merecida, pero tardía y casi siempre insincera. A esos hombres, antes como ahora, les faltó, publicidad y les sobró el recato. Se absorbieron en su trabajo hasta el momento de abandonarlo en pos de uno nuevo y mayor. Asimismo, sin propaganda y sin alardes.